

La muerte en la era biopolítica desde la perspectiva de Michel Foucault

Death in the biopolitical era from the perspective of Michel Foucault

AGUSTINA ANDRADA¹

Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, Argentina

andradaagustina@hotmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0002-4635-988X>

Fecha de recepción: 13/05/2023

Fecha de Aceptación: 14/06/2023

Resumen

En este trabajo se explora la segunda parte de la fórmula foucaultea para describir a la biopolítica, esto es, el “dejar morir” biopolítico. A través del análisis de los diferentes abordajes de Michel Foucault, realizados en el período comprendido entre 1976 y 1979, se buscará entender cómo esta forma de ejercicio del poder, a pesar de estar centrada en la maximización de la vida, posee un accionar tanático, una vinculación con la muerte en términos poblacionales. Por esto mismo, el objetivo de este escrito será mostrar que la biopolítica para maximizar la vida precisa intervenir y gestionar e incidir sobre la muerte.

¹ Licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Profesora Universitaria en Filosofía por la Universidad de San Andrés (UDESA). Becaria doctoral CONICET, estudiante del doctorado en Filosofía de la Universidad Nacional de San Martín. Jefa de trabajos prácticos en la cátedra de “seminario” para la carrera de Lic. y Prof. en Filosofía de la UNSAM. Profesora adjunta en la asignatura “Filosofía de la Educación” de la Escuela de Humanidades de UNSAM. Se aboca al estudio de los análisis foucaulteaños sobre el saber médico y su vigencia para pensar las problemáticas sanitarias actuales.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO:

En APA: Andrada, A. (2023). La muerte en la era biopolítica desde la perspectiva de Michel Foucault. *Resonancias. Revista de Filosofía*, (15), 37-47. DOI 10.5354/0719-790X.2023.70655

En MLA: Andrada, A. “La muerte en la era biopolítica desde la perspectiva de Michel Foucault”. *Resonancias. Revista De Filosofía*, n.º 15, julio de 2023, pp. 37-47, DOI 10.5354/0719-790X.2023.706551

Palabras clave: vida, muerte, biopolítica, poder, Foucault

Keywords: life, death, power, biopolitics, Foucault

Abstract

This paper explores the second part of the Foucaultean formula to describe biopolitics, that is, the biopolitical “letting die”. Through the analysis of the different approaches of Michel Foucault, carried out in the period between 1976 and 1979, we will seek to understand how this form of exercise of power, despite being focused on the maximization of life, has a thanatic action, a relationship with death in population terms. For this reason, the objective of this paper will be to show that biopolitics, in order to maximize life, needs to intervene and manage death in global terms.

Introducción

Este artículo parte de los análisis de Michel Foucault acerca del dispositivo biopolítico. Más específicamente, son las lecturas del último capítulo de *La voluntad de saber* y de la clase dictada por el autor el 17 de marzo de 1976 en el Collège de France, las que dan origen a este trabajo. En estos dos escritos foucaulteanos se introduce la noción de biopolítica para explicar esta nueva forma de ejercicio del poder que había aparecido en la segunda mitad del siglo XVIII, diferente al poder soberano, centrada en la gestión de la población, de la vida en términos globales. En ambos trabajos, para describir la operatividad biopolítica el filósofo francés introduce la frase “hacer vivir y deja morir” (cf. Foucault 2008 128), estableciendo un contrapunto con el dispositivo soberano que, a su juicio, se ejercía “haciendo morir o dejando vivir” (cf. Foucault 2014 218).

Ahora bien, el punto que nos interesa indagar en este escrito radica en desentrañar las implicancias de esta segunda parte de la fórmula foucaultea, es decir, el “dejar morir”. Sucede que al presentarse como un poder capaz de “hacer vivir” o, en otras palabras, como un poder centrado en administrar la vida, podría resultar una contradicción que este ejerciera una acción mortífera. De hecho, hasta el propio Foucault se cuestiona en sus clases del 76’:

... ¿Cómo puede matar un poder como ése, si es verdad que se trata esencialmente de realzar la vida, prolongar su duración, multiplicar sus oportunidades, apartar de ella los accidentes o bien compensar sus déficits? [...] ¿Cómo puede dejar morir ese poder que tiene el objetivo esencial de hacer vivir? ¿Cómo ejercer el poder de la muerte, cómo ejercer la función de la muerte, en un sistema político centrado en el biopoder? (Foucault 2014 230)

De allí que, para comprender la lógica del funcionamiento del dispositivo será necesario responder a estos cuestionamientos y, de esa forma, establecer una

unión entre los dos polos que componen a la fórmula biopolítica postulada por nuestro autor. Será necesario, entonces, mostrar los diversos modos en que este poder se vincula con la muerte de la población y cuáles son los efectos que estas intervenciones poseen al nivel de la vida.

1

Desde nuestra perspectiva de análisis, en los diferentes abordajes que Foucault realiza para describir el accionar de la biopolítica es posible encontrar una respuesta al problema de investigación que aquí nos ocupa. Es decir, tanto en los cursos en el Collège de France durante el período de 1976 hasta 1979 como en el último capítulo de *La voluntad de saber*, el autor logra mostrar que para maximizar la vida, para distribuirla en un dominio de valor y de utilidad, el biopoder precisa vincularse y gestionar las formas tanáticas de la población. En estos trabajos, y como veremos a lo largo del artículo, Foucault da cuenta que para “hacer vivir” es preciso establecer cuál es la forma de vida adecuada para el pleno desarrollo de la población y, de ese modo, suprimir aquello que perturbe su crecimiento (cf. Foucault 2014 230). La acción tanática de lo político se esconde en el intento por fortalecer la vida. Es por esta razón que Foucault ni bien presenta a la biopolítica como ejerciéndose positivamente sobre la vida, añade el señalamiento de que nunca las guerras fueron tan violentas como ahora. En palabras del autor:

Las guerras ya no se hacen en nombre del soberano al que hay que defender, se hacen en nombre de la existencia de todos; se educa a poblaciones enteras para que se maten mutuamente por la necesidad que tienen de vivir. Las matanzas han llegado a ser vitales (Foucault 2008 129).

Con esto vemos cómo la biopolítica mata en nombre de la protección de la vida, a punto tal que ella es la condición de posibilidad de todos los genocidios ocurridos a lo largo del siglo XX. A partir de ahora, las guerras no se hacen para defender al soberano sino, específicamente, para defender la sociedad.

Es por ello que Foucault presenta al racismo como el mecanismo fundamental de esta nueva tecnología de poder. Este aparece como el modo de legitimación del “dejar morir” en la medida en que permite introducir un corte entre aquello que debe vivir y aquello que debe morir. La noción de raza fragmenta el campo de lo biológico introduce un quiebre en el continuum biológico de la especie humana. Esta fragmentación le permitirá al poder establecer jerarquías al interior

de la población, ya que los individuos que la integran serán pensados como biológicamente dispares. Dentro de esa masa global que constituye a la población, se distinguirán aquellas vidas consideradas como valiosas para el correcto desempeño de la sociedad, de las que constituyen un peligro para la misma. De allí que el autor sostenga que una de las principales funciones del racismo consiste en establecer una relación positiva del tipo “cuanto más dejes morir, más por eso mismo vivirás” (Foucault 2014 230). Con ello el biopoder logra justificar la eliminación de la raza considerada como una amenaza bajo el pretexto de conservar y optimizar la propia.

Por consiguiente, se trata de un racismo biologicista ya que las guerras instauradas desde el siglo XVIII son motivadas por razones biológicas. De suerte que, el racismo se vuelve lo “...que hace aceptable dar muerte en una sociedad de normalización [...] es indispensable como condición para poder dar muerte a alguien, para poder dar muerte a los otros” (*Id.* 231). No obstante, más allá de tener que recurrir a la excusa de la potenciación de la vida para someter a muerte a una parte de la población, en lo concreto esto nos muestra que la biopolítica posee un aspecto homicida. El “dejar morir”, lejos de representar un distanciamiento del poder con la muerte, representa un manejo de las tácticas de poder sobre la misma en función de objetivos de gobierno.

Para dimensionar esta forma de dar muerte propia de la sociedad de normalización, Foucault recurre en *Defender la sociedad* al acontecimiento histórico del nazismo. Este llevó a sus límites los principios del racismo como fragmentación biológica. La “solución final” aparece como correlato de un biopoder generalizado que en su afán por mejorar la vida de la especie la volvió susceptible de ser extinguida. No obstante, nuestro autor no circunscribe sus análisis sobre la función tanática del biopoder al suceso del nazismo. Este le sirve como ejemplificación para mostrar la lógica del poder como ejercicio de “hacer vivir” y “dejar morir”, debido a que su manifestación exacerbada muestra con claridad la especificidad de su accionar. La biopolítica debe entenderse como condición de posibilidad del nazismo y también de otras formas de gobierno que difieren en su accionar, pero que igualmente ejercen un poder sobre la muerte. Por ello, no podemos adscribir a la teoría de Giorgio Agamben (1998) que toma a los campos de concentración como los lugares por excelencia del biopoder. Si bien Foucault comprende la fuerza tanática de los regímenes totalitarios, sería insuficiente focalizar el “dejar morir” en este acontecimiento. Por lo tanto, no es posible acotar nuestros análisis sobre la operatividad mortífera del poder al acontecimiento del nazismo, porque ello nos impediría ver el modo en que intervienen las tácticas actuales respecto al “dejar morir”. De ser así, nuestros análisis perderían actualidad y especificidad porque no podrían dar cuenta del ejercicio permanente del dispositivo sobre la muerte. De este modo, corremos el riesgo de pensar que la biopolítica mata como producto de una excepcionalidad. Advertir que las demás formas de gobierno

ejercen una labor sobre la muerte, nos permite explicitar para “hacer vivir” el biopoder necesita “dejar morir”; la dinámica del poder está constituida por esta dualidad en su accionar.

A su vez, pensar esta mutua imbricación entre una política sobre la vida y una política sobre la muerte nos permite impugnar aquellas interpretaciones que piensan a la muerte como una limitación al biopoder. Como si el poder viera en la muerte el límite a la maximización de la vida. Tal es la lectura elaborada por Adorno (2010) cuando postula al suicidio como un fenómeno aneconómico que le impide al poder acceder a la vida para potenciarla. Como explica en su artículo:

Es precisamente por esto que el suicidio representa un escándalo o, mejor aún, el escándalo políticamente absoluto para las sociedades contemporáneas. Si la sociedad es cruzada por relaciones infinitas de poder, [...] ¿qué mejor resistencia puede encontrar la biopolítica que aquella que le sustrae su objeto? (Adorno 2010 447)

Para este autor, el suicidio se vuelve una resistencia viable a los embates del biopoder al quitarle a este su campo de acción. Cuestión que es posible de ser refutada desde los propios análisis realizados por Foucault en *La voluntad de saber*. Aquí el filósofo francés muestra cómo los estudios sociológicos, a partir del siglo XIX, logran cuantificar los fenómenos del suicidio. Lo cual significa que estos actos individuales son englobados dentro de los cálculos estadísticos que convierten a los accidentes en constantes dentro de los procesos poblacionales. El suicidio, lejos de ser una resistencia, es una variable posible de ser regulada por las prácticas de normalización biopolítica.

No obstante, es importante reconocer que dicha hipótesis de lectura se halla anclada en ciertas expresiones formuladas por Foucault tanto en *Historia de la sexualidad I* como en el curso del 76'. En ambos casos el autor da cuenta de una creciente descalificación de la muerte, marcada por la caída en desuso de los rituales mortuorios. Esta modificación en la ritualización de la muerte, según lo allí planteado, responde a las transformaciones dadas en las tecnologías de poder. Y si bien en un inicio aventura una posible justificación, señalando que se trata de un abandono de los fenómenos mórbidos por parte del poder, luego introduce dos elementos que indican lo contrario: las tasas de morbilidad/mortalidad y el ejemplo de la muerte de Franco. Desde el primer aspecto, dichas tasas constituyen la superficie de amarre de las tácticas de poder sobre los procesos de mortalidad de la población. Ellas representan el control normalizador del poder sobre la muerte. Las estadísticas marcan cómo, cuándo y por qué ocurre la muerte en determinadas poblaciones durante un tiempo establecido. De ese modo, la biopolítica va a extraer su saber y definir su campo de intervención de su poder en la morbilidad. Esto exhibe evidentemente que el poder no abandona la muerte,

sino que se apropia de ella regulándola, cuantificándola y, por consiguiente, reduciéndola a los límites que considera correctos para el normal desempeño de la vida de la población. A su vez, mediante el ejemplo de la muerte del dictador español, Foucault manifiesta que su muerte fue postergada debido a determinados intereses políticos respecto a su sucesión en el mandato. Con esto, el autor pretendía mostrar cómo la biopolítica logra “...hacer vivir al individuo aún más allá de su muerte” (Foucault 2014 225), como si el poder tuviera ahora la potestad de elegir el momento políticamente oportuno para dar muerte a los individuos. Por consiguiente, consideramos que ceñirse exclusivamente a las afirmaciones foucaulteanas que piensan a la muerte como limitación al biopoder, hace perder de vista que el “dejar morir” es una práctica de poder con efectos directos en la población.

2

Ahora bien, hasta el momento hemos comprendido que el dejar morir debe ser considerado como una práctica de poder al servicio de la promoción de la vida. Para ello hemos recurrido al caso de racismo como ejemplo de una forma de gobierno biopolítico que se excusa en la vida para suprimir a una parte de la población. No obstante, es importante aclarar que estas no son las únicas prácticas que el dispositivo posee para promover la muerte en términos globales. Por esto mismo, es necesario trabajar en esta última parte de nuestro artículo las formas vigentes en que el poder se vincula con la muerte. Es decir, resta indagar aquí las formas en que los gobiernos liberales y neoliberales exponen a la muerte a una parte de la población.

Como sujetos contemporáneos afectados por estas formas de gobierno, podemos intuir que estas gubernamentalidades ejercen su poder tanático con relación a criterios estrictamente economicistas. Frente a una desaparición paulatina del Estado que da lugar a una economía plenamente abierta al mundo, la población toma la forma de la empresa hasta en su textura más fina. La economía es pensada por los neoliberales como un juego en el cual “...la sociedad entera está atravesada por ese juego económico y la función central del Estado consiste en definir sus reglas y garantizar su correcta aplicación” (Foucault 2004 240). Si comprendemos al sistema económico neoliberal como un juego, cabe preguntarse entonces: ¿Poseen todos los participantes las mismas condiciones para ingresar en dicho juego económico? ¿En función de qué criterios son creadas sus reglas? ¿Tiene este juego un final? Y si es así, ¿quiénes ganan? ¿Quiénes pierden? ¿A qué condena son sometidos aquellos que son derrotados? Foucault, sostiene en *Defender la sociedad* que el “dejar morir” no significa necesariamente un

“...asesinato directo, sino también todo lo que puede ser asesinato indirecto: el hecho de exponer a la muerte, multiplicar el riesgo de muerte de algunos o, sencillamente, la muerte política, la expulsión, el rechazo, etcétera” (Foucault 2014 231). Desde nuestra lectura, el juego social guiado por los criterios de mercado conduce a una parte de la sociedad a su expulsión y, por lo tanto, a un asesinato indirecto. Aquellos que pierdan o no cumplan con las exigencias para entrar en el juego de la economía serán expulsados hacia afuera del espacio social.

Al respecto, en la clase del 7 de marzo de 1979, Foucault se encarga de mostrar que la instauración de esta política económica implica la renuncia al objetivo del pleno empleo. El sistema neoliberal ya no mide la eficacia de sus prácticas en términos de redistribución de las riquezas o achicamiento de las desigualdades. Ahora las finalidades de gobierno no estarán centradas en eliminar la pobreza sino sus efectos, en la medida en que interrumpen la dinámica de juego impuesta por el mercado. Como expone nuestro autor:

La política se situaba-anteriormente- siempre en el abanico de la pobreza relativa, en la redistribución de los ingresos entre sí, en el juego de la diferencia entre los más ricos y los más pobres. Ahora, por el contrario, tenemos una política que va a definir [...] cierto umbral absoluto para la sociedad, que dividirá a los pobres y los no pobres, los asistidos y los no asistidos” (Foucault 2004 246).

Este renunciamiento a la finalidad del pleno empleo refleja que el propósito de gobierno ya no es la inclusión sino adquirir la lógica de competitividad propia del mercado. De este modo, se produce una separación entre la expansión económica y la inclusión social. La situación laboral de los individuos deja de ser una incumbencia política y, por lo tanto, pasa a ser responsabilidad exclusiva de cada sujeto entendido como empresario de sí mismo. Por lo tanto, su inserción en el espacio laboral dependerá de sus capacidades para adaptarse a las exigencias del mercado. De lo contrario, será expulsado del espacio del juego económico por su incapacidad para gestionar los elementos que componen a su capital humano (cf. Foucault 2004 240). El “dejar morir” aparece aquí como el resultado del renunciamiento del gobierno a las políticas de inserción social. Así como también, el hecho de que los sujetos se piensen a sí mismos como empresas, conduce necesariamente a un individualismo y una competencia voraz que concibe a los demás integrantes de la población como adversarios económicos. Desde lo expuesto por Foucault en torno al neoliberalismo en *El nacimiento de la biopolítica*, podemos pensar que el aspecto tanático del poder se halla encubierto en los imperativos económicos que obligan a los sujetos a estar continuamente en situación de mercado.

A su vez, es importante repensar el concepto de capital humano intentado captar cómo opera en su conformación el “hacer vivir” y el “dejar morir” biopolítico. Como explica Foucault, en el liberalismo y neoliberalismo, el trabajador se vuelve un sujeto económico activo en la medida en que piensa sus acciones laborales en términos de aumento de su capital-idoneidad. El trabajador concibe a su idoneidad como una “máquina” productora de ingresos. En consecuencia, si pretende aumentar el flujo de sus ganancias deberá invertir en el aumento de su capacidad productiva. Sin embargo, el filósofo francés observa que:

...esa máquina tiene su vida útil, su periodo de utilidad, su obsolescencia, su envejecimiento. De modo que es preciso considerar que la máquina constituida por la idoneidad del trabajador [...] será remunerada durante un período mediante una serie de salarios que comenzarán relativamente bajos cuando la máquina empiece a utilizarse, luego aumentarán y terminarán por bajar con la obsolescencia de la máquina misma o el envejecimiento del trabajador... (*Id.* 263)

En relación con estos señalamientos del autor es necesario cuestionarse: ¿Qué sucede con aquellos trabajadores que no logran ampliar su capacidad productiva? ¿Todos los sujetos cuentan con las mismas posibilidades de ampliar su capital-idoneidad? ¿Cómo invertir en la constitución del capital humano si no se poseen los rudimentos económicos para lograrlo? ¿Qué es lo que determina su obsolescencia y qué pasa cuando la vida útil de esa máquina se consume? ¿No es esta concepción sobre el trabajo un modo de justificar las desigualdades del sistema laboral?

Como decíamos al comienzo del artículo, la biopolítica se encarga de organizar lo viviente bajo un dominio de valor y utilidad. Ahora bien, luego de analizar estas afirmaciones foucaulteanas podemos inferir que dicha utilidad se rige aquí por las imposiciones del mercado. El trabajador posee una vida útil en términos productivos que deberá regular en pos de ampliar su propio capital. La problemática se instaura aquí cuando esta vida útil comienza a consumirse, sea por envejecimiento, sea por un “error” en la gestión de dichos ingresos, por modificaciones en el ámbito de producción, por una imposibilidad física o psíquica para responder a los imperativos económicos, etc. En definitiva, esta concepción del sujeto laboral instaura un quiebre en la población al dividirla de acuerdo con los diferentes capitales humanos, que variarán según la conformación de sus elementos y el período en el que se encuentre su vida productiva. Aquellos sujetos que no puedan ampliar su capital humano en función de los requerimientos económicos del momento no solo serán expulsados del sistema laboral, sino que se le adjudicará la total responsabilidad de dicha situación.

Desde la problemática que aquí nos compete, nos interesa resaltar la cuestión de la inversión en la formación del capital humano como una herramienta de ejercicio del poder. En este sentido, Foucault remarca el problema instaurado, principalmente en los países del Tercer Mundo, respecto a la insuficiencia de inversión en capital humano. El “dejar morir” en las prácticas liberales y neoliberales de gobierno se encuentra encubierto en las elecciones políticas de inversión o desinversión social. El “hacer vivir” aparece aquí como el resultado de procedimientos de gobierno que eligen a qué sector de la población financiar y cuáles arrojar a la muerte.

Al respecto resulta pertinente traer a cuento el artículo de Didier Fassin (2010) “Otra política de la vida es posible: crítica antropológica del biopoder”. En este trabajo dicho autor reflexiona en torno a cómo el “hacer vivir” implica, necesariamente, la toma de decisiones gubernamentales sobre quién debe vivir qué tipo de vida y durante cuánto tiempo. Para fundamentarlo se detiene a analizar la diferencia en la expectativa de vida entre trabajadores no calificados y funcionarios administrativos en Francia, dando cuenta de una disparidad de once años en el promedio de vida de los primeros por sobre los segundos (Fassin 44). En efecto, la calidad y el tiempo de vida son la contracara de un poder que decide sobre quiénes deben vivir y a quiénes es preciso conducir a la muerte. En rigor de verdad, las intervenciones de políticas sociales, de salud, de educación y vivienda tienen efectos concretos sobre el promedio de vida de la población. Por esto mismo, Fassin sostiene: “Las disparidades en las tasas de mortalidad no son sólo un dato estadístico: implican diferencias en los valores asignados a las vidas” (Fassin 37). Siguiendo estos análisis y los abordajes foucaulteanos, podemos inferir que las estadísticas sobre mortalidad son un reflejo de la operatividad del poder porque expresan el valor que se le da a la vida según el espacio que ocupan en el entorno social. En este contexto, es interesante aludir también a los análisis de Canguilhem en *Lo normal y lo patológico* sobre el promedio de vida de los seres vivos. Aquí, el naturalista francés, define a la muerte como:

...un fenómeno social, estimando que la edad en que ésta se produce es el resultado de las condiciones de trabajo e higiene, de la atención a la fatiga y a las enfermedades, en resumen: tanto de las condiciones sociales como de las fisiológicas. Todo sucede como si una sociedad tuviese “la mortalidad que le conviene”, puesto que la cantidad de muertos y su distribución en las diferentes edades expresan la importancia que una sociedad da o no a la prolongación de la vida. (Canguilhem 2009 12)

Con esta cita comprendemos que la muerte, en términos globales, es consecuencia del modo en que las prácticas de gobierno se vinculan con los diferentes factores que componen a la vida de la población. Los índices de morbilidad evidencian la simultaneidad del biopoder como una política de la vida y de la muerte.

Las estadísticas indican cuándo, cómo y por qué muere la población en un lugar y en un momento dado, de acuerdo a la gestión del poder sobre la vida en cuestión. En efecto, si nos detenemos a analizar la variación entre los promedios de vida, no solamente a nivel mundial sino al interior de nuestro propio espacio social, notaremos cómo el dejar morir sigue operando subrepticamente en las formas liberales y neoliberales de gobierno.

Conclusión

A lo largo de estos análisis hemos conseguido esclarecer el modo en que la biopolítica se vincula con la muerte de la población. Entendimos que el “dejar morir” no representa ni una limitación ni una excepción del poder respecto a la muerte, sino un mecanismo necesario para la potenciación de la vida. El biopoder precisa “dejar morir” para “hacer vivir”, la lógica del accionar del dispositivo está compuesta por la simultaneidad dada entre ambas prácticas. Según la dinámica de esta tecnología de poder, para maximizar a la población es inevitable apelar a la eliminación de aquellas formas de vida que representen un obstáculo a su ejercicio potenciador.

A partir del siglo XVIII, todos los elementos que componen a la vida en términos globales son distribuidos según criterios de utilidad, y son justamente esas distribuciones las que producen diferencias en las valoraciones al interior de la vida de la población. Sea mediante el recurso de purificación de la raza, sea a partir de la lucha política, o por justificaciones economicistas, lo cierto es que la biopolítica utiliza a la muerte como herramienta de ejercicio del poder. De manera que ella no pretende eliminarla sino ajustarla a los parámetros necesarios para concretar sus finalidades de gobierno. Los índices de mortalidad normales de una sociedad reflejan la forma en que el poder se vincula con la muerte. Es decir, los números aportados por las estadísticas en relación a la muerte marcan cómo el poder gestiona los fenómenos mórbidos, circunscribiéndolos a sus objetivos de poder. La vida y la muerte son entendidas como elementos capaces de ser permeados para modificar a los procesos dados al interior de la población. Así, el “dejar morir” es una práctica meditada y calculada de gobierno en función de la necesidad de administrar la vida.



Bibliografía

- Adorno, Francesco. "Poder sobre la vida, política de la muerte: sobre las formas de resistencia al biopoder en Foucault". *Michel Foucault: Neoliberalismo y biopolítica*, ed. Lemm Vanessa. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2010.
- Agamben, Giorgio. *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-textos, 1998.
- Canguilhem, Georges. "Norma y promedio". *Lo normal y lo patológico*. México: Siglo XXI, 2009.
- Foucault, Michel. "Clase del 17 de marzo de 1976". *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2014.
- Foucault, Michel. "Derecho de muerte y poder sobre la vida". *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2008.
- Foucault, Michel. *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2004.
- Fassin, Didier. "Otra política de la vida es posible: crítica antropológica al biopoder". *Michel Foucault: Neoliberalismo y biopolítica*, ed. Lemm Vanessa. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2010.

